

Vicente Blasco Ibáñez
LA VIDA MUERTA Y LA VIDA VIVA
(*El Pueblo*, 21-1-1906; *El Motín*, 5-2-1906)

Callé. Las ideas de mi contrincante eran tan falsas, que experimentaba pereza para contestarlas. Sí, él era un combativo, un sectario, quizás, un visionario de la religión. Vivía en la fe como el ave en el espacio y el pez en los mares.

Llegué a dudar de su sinceridad; pero vi en la luz de sus miradas tan honda convicción, que guardé un silencio respetuoso, reflexivo.

El calor de su voz no entibiaba mi cerebro. Hablaba con espontánea elocuencia de la fe, a la manera de San Agustín. La Trinidad, la Redención, la Eucaristía, la Encarnación, las más antiguas tradiciones de la humana especie pintábalas como hechos de evidente e indiscutible sencillez.

Siendo tan distante su ideal del de Voltaire, recordaba yo con el maestro: «Sus palabras son como esos arroyuelos cristalinos, pero poco profundos».

Al fin me dejó solo. Durante algunos minutos sonaba en mis oídos, como una extraña música, la palabra «Fe», y creía percibir el sonido de aquella caliente voz como una dulce nota de órgano que no se extingue.

Soplaba un fuerte viento que estremecía los cristales. Veía la trémula marea de los árboles agitando sus umbrías cabelleras con loca e irresistible desesperación.

¿Tendrá fe al viento? ¡Ah! No tiene alma. Corre libremente, regula nuestra vida, establece, quizás, el equilibrio entre el frío y el calor, besa las flores, conmueve las plantas y produce la más sublime de las armonías misteriosas en los murmullos de las selvas y los gigantescos himnos del mar.

Y ¿existe armonía entre la fe y la vida? La vida lo es todo, la fe no es nada. La fe no es ni siquiera religión. Da, a lo sumo, una remota idea de una mezquina dependencia, borrada en absoluto entre los seres fuertes.

Rayos de un vergonzoso bermellón penetraban en la estancia, produciendo sombras y resplandores de extático incendio.

¿Tiene fe la luz? ¡Ah, no! Porque entonces creeríamos en las dos *luminaria magum* del Génesis.

No tiene fe el espacio, que es el infinito de la materia, ni tiene fe el tiempo, que es la eternidad del movimiento, ni tienen fe esos supremos fenómenos cuya incesante acción es lo que podríamos llamar equivalencia de la vida.

«Dadme tiempo, espacio, átomos y movimiento y reconstruiré el mundo» —ha dicho Descartes, arrogante desafío lanzado a Dios, que no recoge el reto.

Si no tienen fe el tiempo, el espacio, la materia, los mares, la luz y las aguas, ¿qué es la fe? Alma sin alma, idea sin contenido, la vaciedad del todo.

¿Nació con el hombre, o hubo un lapso entre aquella y este? La fe es un sentimiento de la moral religiosa posterior a la creación humana. Pero ¿nació la religión de la fe, o esta de aquella?

Todo induce a creer en la semejanza entre el nacimiento de la fe y la idea de la Providencia desconocida hasta Séneca, que la inventó.

Murió la fe en lo sobrenatural, porque la ciencia cerró la boca a los oráculos. Filósofos, historiadores y poetas se separaron de las tradiciones aceptadas como verdades indiscutibles, y hasta las clases más aristocráticas, oponiéndose a la brutal invasión de las masas fanatizadas, no solo llegaron a afirmar que el mundo era, quizás, una fantasía, sino que negaron la existencia de la realidad.

Esta primera intrepidez de la libertad del pensamiento, que minó el sustentáculo de la fe, originó una nueva ciencia y el cerebro humano pudo reivindicarse de sus funciones, sustituyendo los quiméricos sueños por ideas concretas, las increadas visiones por humanas fórmulas, los paradójicos delirios por racionales doctrinas.

Las religiones positivas se invirtieron en la religión natural; aquellas, que absorben la moral en el culto, y esta, por el contrario, que absorbe el culto en la moral, como ha dicho Kant; y si es cierto que los dioses actuales han nacido de otros que no existen, los nuestros, los dioses del día, los dioses sociales, han trocado el sentimiento de la fe en los mitos por la esperanza en la realidad, porque son dioses que han descendido del cielo, que no es más que una tienda, si creemos los Salmos, o la techumbre de la tierra, si creemos el Corán, o un ser que envuelve nuestro planeta, según Lucrecio, y viven entre las masas explotadas y escarnecidas, entre los asalariados de hoy, que son los que forman la agitación socialista como los siervos de otros tiempos formaban la agitación religiosa.

Aquellos perdieron la fe en el Dios Creación o en el Dios Providencia, dioses de esencia burguesa con una definida concepción del Estado; perdieron el ideal social-religioso de la vida muerta y experimentaron las dulces e inefables caricias de la vida viva, humana, en la que Estado, religión, familia, lazos sociales, se transforman, se perfeccionan, del mismo modo que se componen y descomponen por sus afinidades naturales las moléculas humanas regidas por verdaderas leyes químicas.

El espíritu de la nueva fe se extiende en todo el mundo, llamando a la lucha a los desposeídos, encendiendo las almas en el nuevo apostolado; y si hace diecisiete siglos Tertuliano gritaba: «¡Sangre de mártires, simiente de cristianos!», hoy, al caer los proletarios ante el fuego del cañón capitalista, podemos gritar: «¡Sangre de obreros, simiente de libertarios!»

Fe en la tierra que, fecundada con irresistible obstinación, centuplicará su fertilidad; fe en las conquistas del espíritu revolucionario del pueblo, que ya ha aprendido a sacudir el yugo del atavismo.

Hoy el espíritu no puede saciar sus aspiraciones con las póstumas esperanzas del cristianismo: ¡Bienaventurados los que tienen sed! ¡Bienaventurados los que tienen hambre!

La humanidad es un ser colectivo que se perfecciona lentamente, poniendo su fe en el trabajo y sus esperanzas en la supresión de la autoridad.